

RENTERIA MUSICAL

ALCANCE DE UNA TRADICION

Sucedió una noche de Julio, hace dos años. Después de un día en que los ardores de un pegajoso bochorno contribuyeron en gran manera a que las «Magdalenas» fueran copiosamente refrescadas por los renterianos.

Acompañando a las primeras sombras del anochecer, se había dejado sentir la caricia de una brisa suave que, traída desde el mar, enjugaba sudores y prometía compensarlos con una deliciosa velada al aire libre, tomando «la fresca». Y sin embargo, aquella noche, desmintiendo las protestas que antes arrancara el calor, un verdadero gentío —el «todo Rentería»— se dirigía apresurado, con temor de llegar tarde, a encerrarse en la sala de un teatro durante el par de horas mejores del día.

El «REINA», con la cara guapa y guirnaldas hasta en la calle, iba recibiendo a toda aquella muchedumbre con un contento que le era imposible disimular. Se le notaba la dicha de albergar a SU público. Parecía un ser vivo, un renteriano más, contagiado de aquel ambiente de expectación que dominaba en su sala, gozoso de que las lindas acomodadoras, aireando graciosas sus vestidos de poxpoliñas, le hicieran cosquillas al taconear por sus pasillos. Se le advertía plenamente satisfecho de la parte tan importante que le correspondía en aquel suceso.

Más tarde, después de que los artistas, a fuerza de derrochar arte y sensibilidad, hicieran mudar al auditorio desde la expectación al entusiasmo, cuantos tuvimos la suerte de escuchar aquel concierto coincidimos en que habíamos sido testigos de un gran acontecimiento. Un hecho musical que por la categoría de sus intérpretes y la altura artística del programa sería difícil poder escuchar de nuevo, y menos, en otro lugar que no fuera Rentería.

Ese era el detalle que colmaba nuestra satisfacción y suponía nuestro triunfo. El que a aquellos maestros que todos aplaudían, no los unía entre sí otro vínculo que el de su afición por la Música, y éste, los unía también a nosotros, a cuantos hemos nacido en Rentería.

También habían venido de fuera otras gentes: autoridades, críticos, personalidades de la música y de otras artes, y éstas... se asombraron.

—Pero, ¿todos son de Rentería?—, se preguntaban.

No podíamos ocultar nuestro orgullo al poderles responder:

—Sí, todos. Desde aquél que ha sabido transmitirnos con su guitarra delicados arpeggios y sonatas conmovedoras, y los que han hecho brotar del piano melodías inmortales plenas de maestría y elegancia, hasta el «celestista» que nos ha emocionado por la pasión que se desprendía de su arco, y la chica guapa de la voz de oro, todos son de Rentería. Y, además, tienen para nosotros otra condición mejor; la de que estos muchachos, que a pesar de su juventud juntan ya docenas de diplomas y de primeros premios, se sienten renterianos.

Hubiéramos querido añadir que nosotros no nos asombrábamos; que nosotros conocíamos ya todo lo bueno que eran capaces de ofrecer «nuestros chicos», y que sabíamos,

también, todos los años de esfuerzos que habían sido necesarios para que en un pueblo se hubiera podido alcanzar tan elevado nivel en Música.

Podríamos haberles dicho que habían asistido a un acto que representaba la culminación de una labor emprendida hace tiempo, en la que intervinieron muchos renterianos de todas las épocas, y que este concierto suponía un homenaje de los consagrados de hoy hacia todos ellos; hacia sus predecesores y maestros.



La Academia de solfeo en plena labor.



Alumnos de la sección de instrumentos de madera con su profesor Sr. Manso.



La clase de la sección de instrumentos de metal, dirigida por el profesor, señor Calleja.

Pero ellos, no sabían nada de esto. Creían sencillamente que habíamos tenido la suerte de que nos naciera una generación de fenómenos... y nada más. Desconocían la tradición musical de nuestro pueblo y no podían saber que aquéllos que hoy nos representaban, constituían una selección surgida de entre muchos, y que en Rentería, durante lustros, hemos venido aprendiendo el solfeo junto con el catón.

Y eso, gracias a que sobran las clases donde aprender: en las escuelas con don Hipólito; en la academia de la Banda, con Lavilla; en el coro parroquial, con don Bernardo y don Bautista; en las clases de txistu que dirigía Lizaso y también en las casas de los profesores, a donde otros muchos iban «de particular».

¿Desde cuándo venía sucediendo esto? Francamente, no lo sé. Pero si puedo asegurar que cuando mi padre —de mozo—, entró en la Banda para aprender el bombardino, ya era vieja su academia y se tocaba «El Centenario» sin partitura.

Gracias a este trabajo incesante pudo alcanzar nuestra Banda la categoría y los éxitos que le dieron fama y que hoy atestiguan los corbatines de su estandarte. De su arte hemos oído muchos elogios, principalmente uno que merece citarse por el valor que encierra y la personalidad de quien lo expresó; el gran barítono y maestro de cantantes Marcos Redondo. Otro más de los de fuera que quedó... asombrado.

Fué después de celebrada la función-homenaje a su maestro de canto, el renteriano Tabuyo, cuando le oímos decir:

—«Me ha sorprendido la calidad de su Banda, y les aseguro a ustedes que tiene categoría para medirse con ventaja a otras de ciudades mucho mayores que Rentería.»

La verdad es que nos enorgullecieron aquellas palabras, pero acordándonos entonces de los otros que en Rentería «hacen» música, también es verdad que nos hubiera gustado poderle decir:

—Y de los demás, ¿qué nos dice? ¿Sabe usted, por ejemplo, que nuestros txistularis, cuando aún eran unos mocosos y leían el T. B. O., se alzaron con el primer premio en un concurso frente a todos los mejores del País Vasco? Hoy, sus elementos se han renovado, pero su labor sigue siendo la misma. Interpretan mucho y bien, y lo que es aún mejor, enseñan, y así tenemos ya, no sólo una banda, sino dos.

Y hubiéramos añadido:

—¿Tiene usted idea de cómo ha sido posible el triunfo de su propio maestro y el de los demás cantantes de Rentería?

Porque hay que decirlo. Además de don Ignacio Tabuyo, son bastantes los renterianos que han alcanzado notoriedad en la difícil disciplina del «bel canto». No vamos a eternos con sus nombres. Haría falta rememorar demasiado y quizá nos olvidásemos de algunos, ya que la afición de los renterianos a cantar viene de antiguo. Para probarla, bastaría con recordar que aquí ya se daban representaciones líricas cuando aún no se permitía actuar en escena a las mujeres, obligando a que Juan José Urigoitia cantase de soprano.

El Orfeón, en su bandera, muestra el año de su fundación, y el coro de la parroquia ha existido desde... siempre. En estas dos agrupaciones, tan afines entre sí, que se han servido siempre de los mismos componentes en ambas, es donde se encuentra el principio de la carrera de todos nuestros cantantes y el fundamento de su afición y conocimientos. En ellas y en la labor incansable de sus directores, que desde don Antonio Olaran, cuando conducía a nuestros padres en sus primeros encuentros con el «doremifasol», hasta el don Jesús de nuestros días, todos han patentizado su entusiasmo y constancia en el esfuerzo de hacernos conocer, a chicos y a mayores, la tonalidad de un bemol y el valor de la corchea cuando va en cinco por ocho.

Sus trabajos les ha costado, pero es cierto que algo han conseguido. De no ser por ellos, no podríamos hoy asistir a conciertos y misas en los que cantan más de cien renterianos; ni sería posible vernos representados en concursos de ochotes, o de cuartetos, o... de lo que sea, y a los coros de más relieve de la capital les hubiera faltado el refuerzo que siempre tuvieron, de unos cantores descubiertos y formados por estos maestros.



Félix Lavilla

Puede ser, como decimos, que continuemos influenciados por tales sentimientos o parecidos, aun cuando en este caso, claro que excluyendo toda idea de comparación y mucho menos de emulación, pero de todas formas, y aunque no lo hicieran con nuestros ojos apasionados, suponemos que algo de valor podrán apreciar los demás en nuestra antigua afición, y en lo que supone el constante labo- rar de nuestras veteranas instituciones.

Ahora bien, no somos tan obtusos como para suponer que lo tenemos todo hecho y que podemos retirarnos tranquilos a contemplar los viejos laureles. No. Somos conscientes de que los tiempos actuales exigen una renovación, o aún mejor, una superación, y hacia ella dirigimos hoy nuestro esfuerzo con la confianza de que los hijos de un pueblo «de joven corazón», como es el nuestro, no han de abandonar la ruta que dejaron señalada sus antecesores en la tarea de aunar, hasta donde sea posible, la educación y la cultura artísticas de Rentería.

No es fácil lo que aún nos queda por hacer, obligados como estamos a continuar las exigencias de una tradición, pero también contamos en favor de nuestro empeño, con unas instituciones de experiencia en qué poder



Pedro y Francisco Corostola

En este punto, al venir a hablar de maestros abnegados —de esos que tienen fibra de apóstoles—, no podemos silenciar un nombre: Irene. Lo decimos así, sin apellido, tal como fué conocido y querido por todos.

No dirigía coros, ni enseñaba solfeo, pero también «hacía» música; cuando en labor callada de muchos años vino a ser el profesor de generaciones enteras de aureskularis y ezpatadantzaris, tanto de Rentería como de otros muchos lugares. Esto no es metáfora, y sin temor de exagerar puede decirse, que a él se debe en gran parte el que todavía se conserven en su mejor pureza los más difíciles pasos y giros de nuestras danzas, que sabía trenzar con gracia y estilo inimitables.

Y después de esto, si fuera nuestra intención la de mostrar un catálogo de todos los valores musicales de Rentería, podríamos haber seguido recordando un sinfín de hechos y de personas, que han tenido y mantienen un alto relieve en lo lírico y en lo sinfónico; pero no creemos sea necesario alargar la lista para dejar constancia de la preocupación de nuestro pueblo por la Música, ni tampoco para darse cuenta de que Rentería, en tal

Arte, posee una tradición de la que puede enorgullecerse con motivo.

Quizás otros no lo crean así, y puede ser que al redactar estas líneas que hablan de lo magnífico de nuestra afición, no hayamos podido eludir la influencia de nuestra partida de nacimiento, ya que, indudablemente, siempre fué difícil el referirse a las cosas de casa. De puertas adentro, nuestra humana condición nos impide ser ecuanímes, y a la hora de relatar los hechos, podrán siempre en la ponderación de nuestros juicios, aquellos sentimientos que cuando niños nos hacía ver en nuestro pueblo todo un mundo completo y feliz. Nos referimos a cuando nos imaginábamos que los de nuestro pueblo éramos los mejores y que siempre ganábamos a los de otros pueblos... ¡en todo!



Ignacio Ubiria

CONCORSO GIOVANI VOCI

Alla fine di novembre, per tre giorni, ha avuto luogo, al Teatro di Via Olmetto l'annunciato concorso per giovani cantanti, indetto dal Centro lirico del Dopopolisario diretto da Felice Sardi.

Molti i partecipanti e severa la selezione, che ha visto arrivare al traguardo finale i migliori. Vincitrice assoluta il soprano Dora Alquiza che si è aggiudicata la Coppa offerta dalla Rinascenza. Secondo premio, melodista di cornelle grande il soprano leggera Rita Bassani.

Si giungono nell'ordine il basso Umberto Cohen, melodista di argento grande e, a pari merito, i soprani Antonella Dani e Adriana Rasco.

Si sono distinti Dileo Stracci e Rossana Messana.

A tutti gli altri partecipanti il plauso del Dopopolisario per la prova affrontata con serietà d'intenti e l'augurio di miglior fortuna in altra occasione.



Dorita Alquiza recibiendo el galardón como ganadora del Concurso "Giovani Voci", celebrado en Milán, en Noviembre de 1957.

asentar las bases de un halagüeño porvenir: Banda, coros, txistularis, ochotes y grupos instrumentales y de danza, además de la Asociación de Cultura Musical que, por su carácter, puede dar amplia cabida a todo género de manifestaciones musicales, desde la enseñanza de los primeros compases hasta las audiciones de rango por figuras de primer plano, sin omitir las conferencias y publicaciones y cuanto pueda servir a la mayor difusión de la educación musical, que éste debe de ser el centro de nuestra inmediata tarea: difundir la música y ayudar y estimular las inquietudes artísticas de nuestros jóvenes, pues como oímos decir en la presentación de aquella memorable velada que hemos comentado, sabemos ciertamente que:

«Hay muchos renterianos que tratan de elevarse, y que fijan sus aspiraciones en lo espiritual; jóvenes que esperan el momento de alzarse en triunfo, y demostrar que tanto como los brazos, trabajan en Rentería el cerebro y el corazón, haciendo patente que nuestro txoko tiene algo más que hollín de chimeneas, ... riadas, ... y galletas.»

B. O. E.
del G. M. Urdaburu